

—¿Y es qué se puede vender un sér humano?...

—¡Ah! Es un acto salvaje, bien cierto...

—Y una joven... Ya le habría yo dado diez rublos, ¡por vida del...

El comisionado hizo un gesto y se calló. Este gesto turbó á Tomás; se levantó de la mesa se aproximó al velamen y miró el puente de una de las barcazas, donde hormigueaba una muchedumbre atareada. El rumor le enervaba y lo vago de su alma se precisó en un violento deseo de trabajar como aquellas gentes. Deseó tener una fuerza hercúlea y poder cargar en sus potentes espaldas una centena de sacos con gran admiración de todos.

—¡Vamos, que anden más de prisa! dijo con voz fuerte.

Varias cabezas se volvieron hacia él. Distinguió varios rostros, y uno de ellos, el de una mujer de ojos negros, le sonreía dulcemente. Esta sonrisa encendió una llama en su pecho, y como una onda de fuego, un flujo de sangre hirviente recorrió sus venas. Dejó la barandilla y volvióse á la mesa, con el rostro encendido.

—¡Oiga! le dijo el comisionado. Enviad un parte á vuestro padre para que se separe un poco de trigo para cubrir pérdidas. Mire cuanto se pierde, allí, cada libra es preciosa. Y eso es necesario comprenderlo. ¡Pero tenéis un padre! terminó con un gesto.

—¿Cuánto trigo querriais? preguntó Tomás con desprecio y altivez. ¿Cuatrocientas libras? ¿Ocho-cientas?

—¡Ochocientas!... ¡ah! ¡gracias! exclamó el comisionado confuso y alegre.—¡Si tenéis derecho!...

—Soy el amo, dijo Tomás con seguridad, pero os prohibo hablar así de mi padre y hacer gestos.

—Dispensad... y... no dudo de vuestros plenos poderes; os estoy reconocido, así como á vuestro señor padre... en el nombre de todas estas gentes, ¡en el nombre del pueblo!

Efim, completamente desorientado, miraba á su joven amo y sus labios se movían temblorosamente, mientras que Tomás escuchaba encantado el discurso que el comisionado soltaba con volubilidad al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

—¡Ochocientas libras! ¡Eso es ser ruso, joven! Voy á anunciar en seguida á los campesinos el don que les hacéis. Vais á ver como os dan gracias.

Y gritó muy fuerte, con el cuerpo inclinado hacia adelante:

—¡Amigos míos! El patrón os da ochocientas libras...

—¡Mil! interrumpió Tomás.

—¡Mil libras! ¡oh! ¡gracias! ¡Mil libras de trigo, amigos míos!

El efecto fué mediocre.

Los campesinos levantaron la cabeza para bajarla de nuevo; después sin pronunciar una palabra, se pusieron á la tarea. Algunas voces se hicieron oír con cierta vacilación y como con disgusto:

—Te lo agradecemos... Que Dios te lo pague... Muchas gracias.

Una voz unió alegremente y con desahogo:

—¿Y qué es eso? Si nos dices un vaso de aguardiente, sería la verdadera merced, mientras que el trigo no es para nosotros, sino para el distrito...

—¡Bah! ¡No comprenden! exclamó el comisionado confuso. Voy allá á explicárselo.

Y desapareció.

Pero no era el sentimiento de los campesinos sobre su regalo lo que interesaba á Tomás. Veía los ojos negros de la mujer que le miraban de un modo extraño y agradable. Estos ojos se mostraban agradecidos, le atraían y le fascinaban. Esta mujer no estaba vestida como una campesina; llevaba zapatos, blusa de percal y una toca de seda en sus soberbios cabellos negros.

Menuda y ligera, sentada en una pila de tablas, anotaba los sacos, y subiendo á cada momento las mangas, dejaba su brazo desnudo hasta el codo y seguía sonriendo á Tomás.

—Tomás Ignatitch, dejó oír la voz de Efim cargada de reproches. ¡Verdaderamente que has estado demasiado generoso!... doscientas libras, como máximo, es lo que habías debido dar... ¡Temo mucho que esto no resulte un mal negocio para nosotros!

—¡Déjame en paz! dijo Tomás.

—¿Qué me importa? Pero como aun eres joven y me ha sido dada la orden de velar por tí, me expongo á recibir cachetes, por falta de vigilancia.

—Ya le diré á mi padre... ¡Cállate! dijo Tomás.

—Hágase tu gusto, y Dios te guarde; tú eres aquí el amo...

—¡Pues entonces!...

—Si te hablo, Tomás Ignatitch, comprenderás que no es sino en interés tuyo. Eres joven é inocente...

—¡Vaya! déjame tranquilo, Efim...

Efim suspiró y se calló. Tomás miraba aún á la mujer y pensaba:

—¡Si me trajesen una como esa para comprar!...

Su corazón latía con violencia. Virgen de cuerpo sólo conocía de relaciones íntimas entre el hombre y la mujer lo que había podido coger en conversaciones. Las conocía bajo nombres vulgares y groseros que excitaban en él una curiosidad intensa y malsana mezclada de rubor; su imaginación trabajaba obstinadamente pero no llegaba á hacerse una idea precisa.

En el fondo, no podía creer que estas relaciones fuesen verdaderamente tan sencillas y tan groseras como se le decía. Y cuando le aseguraban, burlándose de él, que eran realmente tales y no podían ser otras, tenía una sonrisa de duda y seguía convencido de que las relaciones con una mujer no tomaban forzosamente, y para todas, esta forma brutal.

Debía haber allí seguramente algo más puro, menos vulgar y también menos humillante para el hombre.

Y así, en el mismo momento, y mientras que admiraba á la linda obrera, Tomás sentía despertarse en él un deseo sensual; tenía vergüenza y miedo.

Efim á su lado le exhortaba sabiamente:

—Hete aquí en contemplación de una mujer... yo no puedo callarme. No la conoces, pero como se sonríe contigo, eres muy capaz, con tu juventud y tu carácter, de hacernos ver lo blanco negro... aunque para partir hiciésemos el camino á pie y dando gracias todavía si conservábamos los calzones...

—¿Qué te hace falta? dijo Tomás volviéndose bruscamente con la frente roja.

—A mí nada... Pero debes escucharme. Porque lo que es en mujeres, puedo con toda seguridad ser tu maestro... Es necesario, con una mujer, obrar muy sencillamente: ofrecerle de comer y de beber, en seguida regarla con dos botellas de cerveza y por último hacerle regalo de una pieza de veinte kopeks. Por este precio, ella te dará lo que existe mejor en su amor.

—Mientes abominablemente, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué yo miento? ¿Y cómo y por qué he de mentir, yo, que más de cien veces lo he hecho? Encárgame de tu comisión. Te haré entrar en relaciones en pocos minutos.

—¡Bah! dijo Tomás, cuya garganta se apretaba y cuya respiración era trabajosa.

—Entendido, te la traeré esta noche...

Y Efim le dejó, no sin echarle una sonrisa de aprobación.

Hasta la noche Tomás vivió como en un sueño, sin notar las miradas obsequiosas y los saludos respetuosos de los campesinos, instruidos por el comisionado.

Estaba conmovido y se sentía en pecado. A todos los que le dirigían la palabra, respondía con la humildad de un hombre que tiene algo que hacerse perdonar.

Entrada la noche, una parte de los obreros dejaron las barcas, otros se instalaron alrededor de un gran fuego que llameaba alegremente y se pusieron á preparar su comida.

En el silencio de la noche llegaban trozos de conversación. El resplandor del fuego caía sobre el río y simulaba manchas amarillas y rojas que, formando espejuelos en las aguas apacibles, se reflejaban en las ventanas de Tomás. Acucurrado en un rincón del sofá de cuero, esperaba. Ante él se veía una mesa servida: cerveza, aguardiente, pasteles y hors-d'œuvre. Había echado las cortinas y nada había encendido. La reverberación pálida del fuego penetraba á través de las cortinas; disminuyendo, después creciendo de nuevo, danzaban sobre la mesa las manchas caprichosas, en las botellas y en la pared del camarote. Todo estaba en silencio en el remolcador y las barcazas; sólo de la tierra llegaban voces inciertas y apenas se oía el ligero choque del agua contra los costados del buque... Tomás creía sentir cerca de él á alguno, oculto en la obscuridad y que le espiaba...

Pero he aquí que resuenan pasos en el puente de las barcazas... pasos pesados y precipitados, la pasarela choca en el agua con tono seco y desagradable... Tomás percibe la risa ahogada del capitán y su voz velada... Efin está en su puerta y habla con calma pero imperiosamente, como si diese, una consigna...

—¡Es inútil! iba á gritar Tomás.

Y ya había salido de su rincón, cuando en el mismo momento, la puerta del camarote se abrió y la alta silueta de una mujer se dibujó en el umbral.

Ella volvió á cerrar la puerta sin ruido y dijo dulcemente:

—¡Dios mío! ¡qué obscuro está esto!... ¿hay alguien?

—Sí, respondió Tomás, muy quedo.

—Buenas noches, entonces...

Y la mujer avanzó ligera.

—Voy á encender, dijo Tomás con voz entrecortada.

Pero volvió á caer en el canapé y se cobijó en el rincón.

—A fe mía, que también se está bien así... la vista se acostumbra y se ve en la misma obscuridad.

—Siéntese, dijo Tomás.

—Gracias...

Se sentó al otro extremo de la butaca. Tomás podía distinguir el brillo de sus ojos grandes, la sonrisa de sus labios carnosos y que no le pareció la misma sonrisa de antes; ahora era triste. Pero esta sonrisa le devolvió el valor. Respiraba más libremente mirando sus ojos, que se bajaban al encuentro de los suyos... No encontraba nada que decirle y se pasaron dos minutos en un silencio pesado y embarazoso. Ella lo rompió la primera.

—¿Debe V. aburrirse solo?

—Sí, respondió Tomás.

—¿Le gusta este país? prosiguió la mujer á media voz.

—Es hermoso. Los bosques son grandes.

Después un nuevo silencio.

—El río es quizás aun más hermoso que el Volga, dijo Tomás con esfuerzo.

—Yo he estado en el Volga.

—¿Dónde?

—En Simbirsk.

—Simbirsk, repitió Tomás como un eco, sintiendo de nuevo que no podía articular una palabra más.

Pero ella comprendió sin duda con quien tenía que habérselas, pues le preguntó bruscamente con tono burlón:

—Y bien, ¿no me ofreces nada?

—¡Sí, sí! dijo Tomás febrilmente. ¡En verdad, soy un tonto! Sentémonos á la mesa.

Hacia chocar todo en la obscuridad, tomaba las botellas unas por otras, las volvía á dejar y rela con aire inocente y confuso. Ella se había aproximado á él y miraba sonriendo su rostro y el temblor de sus manos.

—¿Te da vergüenza? murmuró ella de repente rozando con su boca la mejilla de Tomás.

Y él respondió, muy quedo:

—Sí.

Entonces ella colocóle ambas manos en sus hombros y atrayéndole dulcemente hacia ella, se puso á murmurarle palabras ardientes:

—¡No tengas pudor... no es posible evitarlo, amor mío... lindo mío... me haces sufrir!...

Las lágrimas le ahogaban. Al son de esta voz su corazón se extasiaba en una deliciosa languidez. La cabeza apoyada en el seno de su compañera, la estrechaba en sus brazos y dejaba escapar palabras incoherentes, cuyo sentido ignoraba él mismo...

*
**

Algunos días más tarde, en el momento en que estaban las barcazas vueltas á cargar y el remolcador dispuesto á partir para Perm, Efim subió al puente, vió con gran asombro y desesperación venir una carreta con un baúl y muchos bultos encima de los cuales montaba la bella Pelagia.

—Manda á un grumete traer esos bultos, ordenó Tomás, haciendo con la cabeza una señal en dirección de la ribera.

Efim obedeció refunfuñando y preguntó en seguida, en voz baja:

—Pero ¿viene con nosotros?

—Conmigo, dijo secamente Tomás.

—Pues, claro... no con todos... ¡Oh! ¡Dios mío!

—¿A qué vienen esos suspiros?

—Pero... ¡Tomás Ignatich! ¡Que vamos á una gran ciudad! ¿No encontrarías allí de sobra como ella?

—¡Silencio! ¿Entiendes?

—¡Ah! Puedo callarme, pero eso no está en el orden.

—¿De qué?

—Es escandaloso. Nuestro barco es decente, bien mirado... y de repente una mujer. ¡Y qué mujer! Pero no, ella no tiene más que un nombre: es una ramera.

La frente de Tomás se plegó y dirigiéndose al capitán con tono iracundo y voz penetrante é imperiosa, recalcando cada palabra:

—Ten presente, Efim, dijo, tú y los demás: si alguna vez oigo una palabra injuriosa que se dirija á ella, os abro la cabeza con mi hacha.

—¡Qué horror! murmuró Efim incrédulo, mirando curiosamente el rostro de Tomás.

Pero en el mismo instante dió un paso atrás. El hijo de Ignat mostraba los dientes como un lobo, sus pupilas se dilataron y rugió:

—¡Que te vea yo reír! ¡Ya te enseñaré!...

Asustado Efim, le replicó á pesar de ello con dignidad:

—Aunque sea usted el amo, Tomás Ignatich, su padre me ha dicho: «¡Vigila, Efim!» Y lo que es á bordo, yo soy el capitán...

—¡Capitán! vociferó Tomás, temblando de cólera y pálido cual la muerte. Y yo ¿qué soy?

—Por consiguiente... no hay que gritar por tal fruslería.. ¡Por una mujer!

Grandes manchas rojas cubrieron el rostro pálido de Tomás. Apretó los puños convulsivamente,

metió las manos en los bolsillos, y después repuso con voz ronca:

—¡Eres el capitán! Pues bien, una palabra más é irás al diablo. ¡A tierra! Solo con el piloto, soy bastante capaz de valerme... ¿Has comprendido? No tengo que recibir órdenes de ti... ¿Y qué?

Efim estaba consternado. Miraba al patrón, par padeando, turbado, sin encontrar qué contestar.

—¿Has comprendido? te pregunto.

—¡Comprendo, comprendo perfectamente! concluyó por decir. Pero ¿para qué tanto escándalo, después de todo? Por una...

—¡Silencio!

La expresión salvaje que cruzó por los ojos de Tomás, que la cólera desfiguraba, haciéndole otro, sugirió al capitán la buena idea de largarse lo más pronto posible. Dió media vuelta y se esquivó.

—¡Uf! ¡Me ha dejado helado! El fruto no cae lejos del árbol, murmuraba á regañadientes mientras atravesaba el puente.

Estaba furioso contra Tomás y se consideraba ofendido sin razón; pero tampoco dejaba de ser cierto que había sentido caer sobre él una mano de amo firme y segura. El, que desde hacía muchos años había estado acostumbrado á la sumisión, se complacía en sentir ésta potencia ejercerse sobre él y cuando entró en el camarote del piloto, con cierta satisfacción, contó la escena que acababa de pasar.

—¿Has visto? dijo concluyendo su relato. ¡De tal árbol tal retoño!... Sin embargo, al verlo, cualquiera diría que era un idiota. Vaya, bueno, es menester que se divierta... esto no tendrá consecuencias con su carácter. ¡Pero qué gritos me daba! Un trueno. Se erigió en amo, pero cómo, de un golpe... Exactamente igual que si hubiese apurado el poder y un rigor inflexible en alguna copa misteriosa...

Y Efim tenía razón: un cambio radical había so-

brevenido, en aquellos pocos días, en el carácter de Tomás. La pasión que repentinamente se había encendido en él le había hecho dueño de una mujer en cuerpo y alma, y ahora saboreaba con una voluptuosidad ardiente las delicias de la posesión.

Esta pasión lo había pulimentado. Desterrando todo lo que era primitivo, haciéndole parecer tonto y tardo, y habiendo destruído todo, le había infiltrado en el corazón un orgullo varonil, la conciencia de su personalidad humana. El amor de una mujer, sea como sea, es siempre fecundo para el hombre, aun cuando no aporte sino sufrimientos, pues éstos son también preciosos. Si el amor es un veneno violento para las almas enfermas, para las sanas es fuego que cambia al hierro en acero.

La pasión de Tomás por esta mujer que tenía treinta años y que en los brazos del joven festejaba el reverdecimiento de su juventud, no le hacía descuidar los negocios. Acudía al trabajo y al amor, dándose por entero á ambos. El amor de esta mujer, como un vino generoso, excitaba todas sus energías, y ella por su parte, bajo la caricia de sus besos juveniles, sentía volver á sus mocedades.

En Perm, Tomás cogió una carta. Su padrino le anunciaba que, aburrido, Ignat se había dado á la bebida, cosa muy peligrosa á su edad. También le aconsejaba arreglar los negocios lo más pronto posible y volver á casa. Este consejo inquietó á Tomás y entristeció la dicha en que su alma se expresaba; pero las caricias de Pelagia y los negocios disparon bien pronto estas sombras. Su vida se deslizaba entonces rápida como un torrente y cada día le ofrecía impresiones nuevas, haciendo despuntar en su sér nuevas ideas. Ella mostraba toda la fogosidad de una querida apasionada, con esta violencia de sentimiento particular á las mujeres cuya juventud se acaba y que beben las heces en la copa dorada de la vida.

Pero á veces, y esto intrigaba más á Tomás, dejaba vislumbrar otro sentimiento, igualmente violento, pero diferente: éste era cierto cariño material, deseo de preservar al niño querido de toda falta, de enseñarle el arte tan difícil de vivir. A menudo, por la noche, en el puente, cuando él la tenía estrechamente oprimida entre sus brazos, ella le decía, triste y dulce:

— Obedéceme como á una hermana mayor... Yo he vivido, conozco á los hombres... ¡He visto mucho en mi vida! Escoge tus amigos con prudencia, pues hay hombres contagiosos como enfermos. Nada te retiene en el primer instante; es un hombre como los demás y tú lo imitas sin desconfianza: después, es demasiado tarde cuando adviertes que su mal te ha contagiado. Todo lo perdí por una amiga... Tenía un marido... dos niños... vivíamos bien... mi marido era oficial en la escribanía...

Se calló y miró largo tiempo por encima del empalleteado la estela del navío, y después suspiró y continuó:

— ¡Sobre todo con mis iguales! ¡Que la santa Virgen te proteja! sé prudente. Eres muy tierno todavía; tu amor no está bastante traqueteado... Las mujeres son golosinas para hombres como tú, fuertes, hermosos, ricos... Desconfía sobre todo de las vírgenes á medias; son como los vampiros, caen sobre un hombre y le dejan sin sangre... continuando tan cariñosas y tan delicadas. Te chuparían hasta el último céntimo, pero sabrán ponerse á cubierto, te despedazarían el corazón y nada más... Busca más bien las que se muestran abiertamente, como yo. Esas son desinteresadas...

Ella era, en efecto, desinteresada. En Perm, Tomás le compró objetos de tocador. Estaba contentísima, pero, examinándolo todo, le dijo con interés:

— No tires así el dinero... tu padre se enfadará... Yo te quiero, ya lo sabes, sin regalos...

Desde hacía tiempo estaba convencido de que no pasaría de Kazán, donde tenía una hermana casada. Tomás no podía hacerse á esta separación. Y cuando la víspera de la llegada, ella le repitió su decisión, se puso sombrío y le suplicó no le dejase.

— No tengas penas antes de tiempo, dijo ella; tenemos aún una noche entera por nuestra. Cuando venga el momento del adiós, tú me sentirás... si eso te apena...

Pero él insistía, á pesar de todo, en que no partiese, y declaró por fin, como era de suponer, su intención de casarse con ella.

— He ahí lo que es aún mejor, dijo ella riendo francamente; ¿podría casarme contigo, á pesar de mi marido? Te quiero mucho, amor mío, pero sería demasiada comedia. ¿De modo que quieres casarte conmigo? Ya tendrás más de una querida... Cuando lo hayas visto todo, cástate... Yo he visto mucho: un hombre vigoroso no debe casarse temprano, por su propio reposo. Una sola mujer no le basta, corre tras otras... Si quieres ser dichoso, no tomes esposa sino cuando comprendas que una sola te basta.

Pero, cuanto más hablaba, más insistía Tomás en la voluntad obstinada de no separarse de ella.

— Escucha bien esto, decía la mujer con calma: Tienes una bujía encendida en la mano; cuando luzca... tirla al agua, y se apagará sin hacer humo ni quemarte los dedos...

— No comprendo lo que quieres decir.

— Debes comprender... Tú no me has hecho ningún mal y yo no te lo deseo... Por eso te dejo...

Es difícil saber cómo se hubiera terminado esta querrela si la casualidad no se hubiese puesto de por medio.

En Kazán, Tomás encontró un parte de su padre que decía lacónicamente: «Vente en seguida por el barco de pasajeros». El corazón de Tomás se oprimió dolorosamente y algunas horas después, de pie

en el puente, miraba, los ojos secos, los dientes apretados, pálido y descompuesto, el rostro de su bienamada que se alejaba poco á poco en la ribera.

Pelagia agitaba su pañuelo y sonreía siempre, pero él sabía que lloraba lágrimas amargas y ardientes. Sus lágrimas habían empapado la pechera de la camisa de Tomás y á él le parecía que un peso grandísimo y helado hubiese caído con ellas en su corazón torturado por la inquietud. La silueta de la joven disminuía gradualmente, confundíendose con la bruma, pero Tomás no podía apartar de ella su mirada. A la agonía que experimentaba por su padre, al sentimiento de dejar esta mujer, se mezclaba en su alma un sentimiento nuevo, violento y amargo. No podía definirlo, pero le parecía que alguien le había ofendido.

La muchedumbre que estaba allá abajo, en el muelle, no formaba más que una mancha oscura, informe, muerta, sin rostro ni movimiento... Tomás se separó de la plataforma y se puso á pasear á grandes pasos en el puente con aire lúgubre.

Los pasajeros charlaban con animación, instalándose para tomar el té, mientras que los criados se daban prisa á colocar los cubiertos. Abajo, en las terceras, un niño reía, confundiendo su voz clara con las notas roncadas de un armonium y con el choque de vajilla de la cocina. Y durante este tiempo la enorme masa del buque avanzaba rápidamente en contra de la corriente, partiendo la cresta espumosa de las olas con un ronquido terrible y sacudido por el esfuerzo potente de su máquina.

Tomás miraba las burbujas que hacía el agua herida por la proa del barco, y las ondas que se lanzaban furiosas á babor y estribor. El también se sentía poseído del deseo de herir algo, de presentar su pecho desdado á la corriente, su pecho y sus hombros como una proa viviente que cortaría el agua...

—¡El destino! dijo á su mismo lado una voz enronquecida.

Esta palabra le era familiar. Su tía Antheisa la ponía como solución á muchas de las preguntas que él hacía, y esta palabra tan corta evocaba en su alma la imagen de la fuerza, de una fuerza igual á la de Dios. Miró á los que charlaban: uno era un viejo canoso, de rostro venerable, y el otro, más joven, de grandes ojos fatigados y perilla. Contemplando su larga nariz y sus mejillas pálidas y demacradas, Tomás pensó involuntariamente en su padrino.

—¡El Destino! repitió el viejo, repitiendo la exclamación de su interlocutor, y sonrió. El Destino en la vida representa lo que el pescador en el agua: lanza en el torbellino humano un anzuelo bien apetitoso y en el acto el hombre cae sobre él, la boca abierta, ávido: hele cogido... Ya puede revolverse y darse contra las piedras; nada adelanta. Cuando se va á mirar, se ve que su corazón está despedazado. ¡Así es, señor!

Tomás cerró los ojos como cegado de repente por un rayo de sol, y dijo en voz alta:

—Exactamente. ¡Eso es!

Los dos que conversaban le miraron atentamente. El viejo con una leve é inteligente sonrisa, el otro con animosidad y como se suele decir gráficamente por encima del hombro. Turbado, Tomás se alejó reflexionando siempre en el Destino y presa de una gran perplejidad: ¿para qué haberle colmado, haciéndole don de una mujer, si era para volvérsela á quitar, momentos después, brutalmente? Y entonces comprendió el sentimiento de ofensa cruel que por ello sufría, comprendió el rencor que sentía contra el Destino que se burlaba de él. Era demasiado niño y consentido para soportar sin dolor esta primera gota de veneno caída en su copa aun llena.